

Carta de Colombia

Marta Senn. El poder de la música

Juan Gustavo Cobo Borda

«Escribir una autobiografía es, en el mejor de los casos, una tarea ingrata. Es un tipo de periodismo en el cual el reportaje, en vez del informe del testigo presencial del suceso, es sólo la memoria de la última vez que se recordó. Borges ilustra tal situación explicando el intento de su padre de demostrarle la incertidumbre de la memoria: pone una moneda en la mesa y la llama imagen. Pone una moneda sobre la primera y la llama primer recuerdo de la imagen. La siguiente moneda es el recuerdo de aquel recuerdo, y así sucesivamente. Como esta situación es axiomática, se deduce que escribir una autobiografía no es el tipo de trabajo con que se supone que disfrutaban la mayoría de los escritores. Y es evidente que contar lo que ocurrió no constituye forzosamente un buen relato. En mi relato, por ejemplo, no hay victorias espectaculares porque no hubo lucha. Yo aguanté y esperé. Creo que es lo que ha de hacer la mayoría de la gente; son realmente raras las ocasiones en las que existe la posibilidad de hacer más».

Paul Bowles, el compositor y novelista norteamericano, concluye así sus secas y fascinantes *Memorias de un nómada*. El libro de Martha Senn no es una autobiografía, en sentido convencional, pero al terminarlo hemos aprendido algo más sobre ella, sobre nosotros mismos, y sobre el poder de la música. Nos lleva a amarla aun más gracias al intenso vigor de su experiencia personal. Se entregó a ella y dejó atrás una seguramente más cómoda y estéril carrera de abogada y se negó a naufragar en las letales aguas apacibles de la vida cotidiana. Trató de ser una artista, y lo logró. Volvió fructífera su soledad.

Fue el demonio de su vocación artística quien la picó con su llama insaciable y la llevó a recorrer el mundo en pos de ese hálito con que su padre la había envenenado desde niña. Una ópera de Mozart, por ejemplo.

Este suizo-alemán que tocaba la cítara y se decidió a recorrer el mundo, en la postguerra, con cincuenta francos en el bolsillo. Lo hizo hablando seis idiomas y luego del Ecuador terminó por recalar en el *Hotel Granada* de Bogotá donde encontraría el amor. Esos tres danzantes de entonces dieron varios frutos.

Este libro tiene entonces un primer valor: como una mujer separada y con dos hijos pequeños se va a Nueva York y decide, inerme y a la vez inquebrantable, forjarse a sí misma. Volver terca y perdurable su vocación.

Siempre que un adolescente, mujer u hombre, insinúa tener una vocación artística, los padres, renegando de sus propios sueños de juventud, le sugieren estudiar algo que les permita vivir y luego si, como complemento o distracción, escribir, pintar, cantar, bailar, filmar o divagar. Con ello no sólo arruinan su vida sino le impiden comprobar, en la soledad del desafío, si efectivamente tenía la fuerza necesaria para convertirse en artista y arrasar así con tantas restricciones como las que nuestro medio coloca como obstáculos para impedir semejante destino.

Por ello la cadena feliz de evocaciones que este libro rescata no debe hacernos olvidar los llantos, fracasos y rechazos con que un propósito se fatiga, se desalienta en esperas o se ve postergado en sus razonables expectativas o en sus desafortunadas ilusiones. Pero la aparición providencial de un conductor en una carretera despoblada es quizás la consecuencia natural de quien se había preparado con tesón para ganar ese concurso y varios más. Para cantar con Kraus en Barcelona o Plácido Domingo en Tokyo. Para volver la ficción realidad y la realidad ficción. Así Martha Senn canta y cuenta casi todo— y algo más. Este libro debería volverse entonces obligatorio libro de texto para llevar a la práctica esa educación creativa que tanta falta hace en Colombia.

Es sólo un caso, si se quiere, sólo un único caso de una mujer que ama la música y da testimonio de ello en estas memorias, pero es un caso ejemplar, en un país de corta tradición musical y muy poco dado a reconocer las virtudes de «aguante y espera», que señalaba Bowles.

La noche del estreno, la entrevista en la prensa, las flores o los telegramas de felicitación, no deben tampoco cegarnos y hacernos olvidar la otra virtud de este libro: cómo la artista, una vez logra afianzarse en su carrera, debe recrearse a sí misma cada día. Ahondar no sólo su arte sino su alma en el entorno del mundo. Por ello viajamos por estas páginas a través de los proverbiales escenarios de la música y también por las mentes, apetitos, mezquindades, grandezas y manías que caracterizan al ser humano.

El portero de la Scala de Milán que busca seducir a la aspirante que entraría por la puerta grande, sin apoyarse en sus buenos oficios, o la fascinante franja de misterio que hace de toda existencia algo más que una línea recta en pos de su objetivo. Tal el caso del poema de Leopardi y su resonancia ancestral.